

MURIÓ FERNANDO BERAMENDI

El retorno al desierto

LA PRIMERA NOTICIA que recibí de que Fernando andaba mal fue allá por fines de agosto. Me pareció insólito que en una cartelería enviada por el Circular anunciaran que bajaba **El amante**, de Pinter, porque el actor Fernando Beramendi estaba internado en el sanatorio del CASMU 1. Doblemente llamativo, porque esas informaciones no suelen formar parte de un envío a la prensa. Después, me enteré de la cancelación de la ida del espectáculo al Festival Porto Alegre em Cena, de su larga internación, de la vuelta a la casa, de la aparente mejoría, del inicio de algunas salidas, de comentarios sobre su recuperación, de una imagen física bastante desgastada. Y digo "me enteré", porque de una manera muy uruguaya, siempre estuve por llamarlo, por preguntarle si precisaba algo, si podía hacer algo por él. Y la llamada se postergaba día tras día. Hasta el punto de casi olvidarme de su estado de salud, como habituándome a su enfermedad, mientras noticias contradictorias iban y venían en el medio teatral. Con la extraña actitud de, también, alejarme de una situación que habría debido llevar a una reacción precisamente opuesta.

Mea culpa. Nunca hablé con Fernando después de su internación. Tiempo después me lo crucé en la calle, y estaba muy pálido, evidentemente alterado. Pero no hubo más que un saludo. Mientras otros amigos suyos, como Alvaro Loureiro, como Susana Anselmi, daban opiniones ambiguas y casi dolorosas, como las consabidas: "Y ahí anda...", "un poco mejor", "va saliendo". Pero como pasa siempre, uno nunca piensa que todo termine de la peor manera. Y tan injustamente rápido, sin tener tiempo de cumplir con lo que se quiere, y ni que hablar cuando la piel es la de un hombre de 46 años como Fernando.

Mea culpa. Que es también la de muchos. Muchos de los que enviaron coronas el día del velorio. Yo no fui, aunque me enteré por varias vías, durante la mañana del jueves 28, de que había muerto. Me parecía una total inconsciencia asistir cuando apoyar ya no tenía sentido, cuando nada había hecho en un principio. Pero cabe decir que, más allá de la ayuda incondicional de su familia, su situación económica era acalambante. Y eso debe haber acelerado las cosas. Y mucho. La colega Gloria Levy señalaba, no sin amargura, que varios de los que enviaron enormes coronas podían haber colaborado, y no lo hicieron, cuando todavía era el tiempo.

Porque Fernando estaba en su plenitud. Poeta, periodista, docente, trabajador en publicidad, en los últimos años había centrado las baterías en la maravillosa complejidad del teatro. No solamente porque se empeñó en terminar la carrera de actor en la Escuela Municipal de Arte Dramático sino porque, además de su labor como entrevistador y comentarista, supo ganarse un lugar más que merecido. Publicaba acá y allá, donde podía, y le pagaban también cuando decían que podían. O cuando querían. Y con **Acuérdate, amor mío** había empezado una carrera como director que el Florencio Revelación impulsó decididamente. Se fue



a Francia, y se nutrió de todo lo que vio. Y volvió y puso en escena **Martha Stutz**, del argentino Javier Daulte, hizo conocer a una nueva autora estadounidense, Mary Jane Walsh, con **Luces en el espejo**, compuso uno de los protagónicos de **El amante**, de Pinter, cerró imprevisista y curiosamente su carrera comandando **El retorno al desierto**, de Koltés.

Siempre abierto al cambio, a la experimentación, fue parte —y es parte— del proyecto Calibán, ese que se aventuró a conquistar la vieja y abandonada Quinta de Santos, con el acompañamiento de Roberto Suárez y Diana Veneziano, entre otros. Otro de sus miles de proyectos, de sus sensibles ambiciones, que se troncharon el jueves 28 de diciembre, antes de terminar el benditísimo milenio. Para Koltés, el desierto tenía varios sentidos. Era el viaje a lo desconocido, pero era también la posibilidad de una nueva existencia. La recuperación de afectos perdidos, con el signo opuesto de un posible desierto también en el mundo del consumismo y los intereses creados. Cualquiera sea su sentido, voluntaria o involuntariamente, llámese destino o no, Koltés lo selló a fuego. Por más de una razón.

Fernando era un tipo afectuoso, de permanente sonrisa, que trataba bien a todo el mundo, que estaba construyendo un camino a puro pulmón, que había dado lugar a quien podía desde su espacio en la televisión —aunque siempre lo acotaban en el tiempo, porque "seguramente" el teatro vende poco—. Hoy nada se puede hacer, aunque como decía muy bien Lorca, "*como que no hay cosa más viva que un recuerdo*". Pero con el recuerdo no se mantiene a nadie en el vaivén de la existencia. Por lo menos, no solamente con él. ■